

RECENSIONES

La educación, la seguridad nacional y el tren de la bruja

Francesc Jesús Hernández i Dobon¹¹³

Joel I. Klein, Condoleezza Rice et al.: *U.S. Education Reform and National Security*. Independent Task Force Reports nº 68. 2012. Council on Foreign Relations, 103 pp.

Después de tres décadas de la monserga de los “*low standards of our public schools*”, los *think tanks* del Imperio elaboran nuevas consignas con las que mercantilizar aún más la educación. Las anteriores resultan inservibles, toda vez que produjeron el efecto contrario al esperado. Si algo demuestra la proliferación de pruebas diagnósticas es precisamente el fracaso de la obsesión didáctica. Eslovaquia obtiene peores resultados que España en las pruebas PISA de lengua, pero un 93% de sus jóvenes posee un título de Educación Secundaria postobligatoria, mientras que aquí sólo dispone de él un 61% de la juventud. Por otro lado, una y otra vez, las pruebas acreditan que las eventuales ventajas de las escuelas privadas se deben a factores sociales exógenos. Además, en los países de la Unión Europea, la correlación entre la juventud que dispone de Educación Secundaria obligatoria y los resultados de PISA, es de 0,1 a 0,3, según las materias, pero de 0,7 a 0,8 si consideramos los indicadores de desigualdad habituales¹¹⁴. Pero

¹¹³ Universitat de València. francesc.j.hernandez@uv.es

¹¹⁴ Cf. F. J. Hernández: “Són bàsiques les competències bàsiques?”, en

además, las pruebas diagnósticas y su séquito de programas (como la *No Child Left Behind Act*) han pervertido la enseñanza de la manera como acredita, mejor que cualquier informe o estudio pedagógico, la cuarta temporada de *The Wire*.

Mientras suena el toque de muertos por el ciclo que comenzó en la era Reagan con el informe *A Nation at Risk* (1983), los ideólogos neoliberales preparan el recambio. Este es el objetivo del informe *U.S. Education Reform and National Security*, redactado por una *task force* encabezada por Joel I. Klein, antiguo responsable de la educación en New York y ahora a sueldo de Rupert Murdoch, y la célebre Condoleezza Rice, *Condi*, secretaria de Estado con el belicoso George W. Bush. La comisión la componen 30 personas, aunque de las conclusiones se descuelgan algunos participantes, entre ellos el representante sindical del profesorado. Pudiera parecer, a primera vista, que se trata de la misma maniobra que ya popularizó la industria de los reactores nucleares, al cambiar las “evaluaciones de *riesgo*” por las “evaluaciones de *seguridad*”: donde el informe Reagan hablaba de “*risk*”, el de Klein y Rice habla de “*security*”. Pero no se trata solo de una triquiñuela terminológica, sino de una propuesta de mayor calado: las *public schools* son una amenaza para la seguridad nacional. Nada menos.

¿Por qué la escuela pública representa semejante amenaza? Las razones que el informe aduce, en concreto en el prefacio de *Condi*, son ciertamente ridículas y carecen de cualquier fundamento empírico, pero se enuncian con un tono trascendente y, diríase, al son de marchas patrióticas.

En primer lugar, la infancia norteamericana no sólo obtiene bajos rendimientos (hasta aquí la monserga del informe Reagan), sino que, lo que es más importante, no entiende “las instituciones nucleares de América”. El Informe no explicita cuáles son estas *core institutions*. Poco importa que alguien tan poco sospechoso como Alexis de Tocqueville, definiera hace ya 175 años, que “la igualdad de las condiciones” era “el hecho generador del que parecía provenir cada hecho particular” en la nueva nación americana. Y menos aún importa la larga tradición del pragmatismo norteamericano que ha defendido vehementemente la relación entre igualdad social y educación pública. Todo eso son minucias. Lo que era solución, se presenta ahora como problema, y da igual que Dewey se revuelva en su tumba.

La segunda razón que aduce el Informe puede provocar la carcajada. La copiaré literalmente: “[*T*]he United State must produce enough citizens with critical skills to fill the ranks of the Foreign Service, the intelligence community, and the armed forces.” Dejando de lado el eufemismo de hablar de “comunidad de inteligencia” para referirse al espionaje o calificar de “competencias críticas” las que precisa la tropa, el problema de fondo es que los atentados del 11-S evidenciaron un “*failure of imagination*” y que las campañas bélicas precisan más gente que sepa persa, coreano, ruso o turco. ¿Cómo puede la escuela preparar individuos capaces de entender las lenguas de aquellos países en los que intervenga en el futuro el cuerpo de marines? La sexagésimo sexta secretaria de Estado, que, por tanto, debería conocer bien los asuntos exteriores, no lo explica.

Los autores del Informe también soslayan el hecho de que países como Finlandia, Corea del Sur, Japón, Singapur, Canadá, Nueva Zelanda o Australia, que son los que adelantan a los Estados Unidos en los rankings educativos internacionales, no representan ninguna amenaza para su seguridad nacional¹¹⁵.

La tercera razón por la que la escuela pública representa una amenaza es que el sistema educativo tiene consecuencias para la competitividad y la innovación económicas (la vieja teoría del capital humano). Y entonces, en lugar de razonar de manera directa que si la economía norteamericana ha sido y es la más importante del mundo, pudiera considerarse que la escuela pública es un factor positivo, se argumenta de modo inverso. Cualquier retroceso económico algo tendrá que ver con la escuela y, en definitiva, “*will undermine American security*”. Ni una palabra de las causas reales de la crisis económica, solo agitar el fantasma de la recesión y buscar culpables fuera de donde se encuentran.

También la cuarta razón aducida agita el espectro de la masa amenazante: los no educados, los no empleables representan un peligro. El informe abusa de la ingenuidad con la que hemos acogido la noción normativamente imprecisa y pseudocientífica de “empleabilidad” (en nuestro BOE apareció por primera vez en el año 1997, con una mención; el año pasado llegó a las 274 referencias en el diario oficial). La no cohesión se atribuye, así, a la escuela pública; la solución: más escuela privada. Es decir, la desigualdad se resuelve con más desigualdad. Consideremos ya las recomendaciones del Informe.

La primera es ampliar los “*Common Core State Standards*”. Como se ha explicado, ya no se trata sólo de lengua o matemáticas, sino de las competencias y conocimientos “*necessary to safeguard the country’s national security*.” El informe se basa en evidencias tan sólidas como las declaraciones de un preparador de comandos que considera que la falta de juventud cualificada es “*an imminent and menacing threat to our national security*”. Los ejemplos que aduce el informe, como aprender persa o reducir la obesidad para favorecer el reclutamiento en las fuerzas armadas, pueden parecer ridículos, pero apuntan en una dirección que será bien acogida por entrenadores de comandos o por la *National Rifle Association*. ¿Por qué colocar arcos detectores de armas en la entrada de los centros educativos cuando podemos convertir el tiro en una asignatura? parecen sugerir estos émulos de Charlton Heston.

La segunda recomendación es “*make structural changes to provide students with good choices*”. No se crea el lector o la lectora que tales cambios estructurales tienen que ver con la estructura social. El eufemismo esconde la ampliación de la privatización de la enseñanza, mediante las “*charter schools*”, escuelas concertadas o públicas de gestión privada, a las que sirven coautores del informe como Richard Barth, director ejecutivo de la cadena de *charter schools* KIPP (Knowledge is Power Program), y la precarización de la formación docente, auspiciada por programas como

¹¹⁵ Diane Ravitch: “Do Our Public Schools Threaten National Security?”, *The New York Review of Books*, 7 de junio de 2012, publicado con antelación en <http://www.nybooks.com>.

TFA (Teach for America), dirigido por la también coautora del informe Wendy Kopp, sin hablar de las conexiones de otros miembros de la *task force* con las industrias editorial o informática.

La última recomendación es dar otra vuelta de tuerca a la lógica de la *accountability*. A una ampliación de los estándares estatales (recomendación primera) y a la invocación de nuevos fantasmas amenazantes de la seguridad nacional, tiene que seguir la propuesta de “*launch national security readiness audit to link accountability to new expectations and raise public awareness.*” De poco sirve que el resultado de la monserga anterior hiciera patente lo contrario de lo que pretendían sus promotores. En definitiva, vivimos en una *post-truth democracy*, en la que dejar en evidencia las contradicciones del orden social, ya no mueve ninguna acción transformadora, como creyeron en su día ensayistas críticos desde Rousseau a Horkheimer. Los malhechores no pagan su culpa, sino que se presentan amenazándonos de nuevo. ¿Y qué mejor manera de extender la paranoia que obligar *urbi et orbe* a auditar la seguridad?

Usted habrá visto en muchas películas norteamericanas que, en la festividad de los difuntos, los niños norteamericanos disfrazados tocan a los portales preguntando si los residentes quieren “trato o susto”. Después del ministro Gabilondo, que no pudo cerrar el pacto educativo que pretendía, entramos en la fase del susto. No se trata sólo de convertir el presupuesto educativo en botín de la tijera, como ya ha empezado a hacer el ministro Wert, sino de algo más profundo, de un desplazamiento teórico más ambicioso. Decía Ulrich Beck, el teórico de la “sociedad del riesgo”, que la escuela se asemejaba a una estación fantasma, por la que ya no circulaban trenes. Los ferrocarriles que enlazaban la educación con un futuro profesional hace tiempo que dejaron de pasar. Beck es un optimista. Ya no queda ni estación. Donde estamos, como dice mi colega Anacleto Ferrer, es en una atracción de feria, en la que individuos como *Condi*, protegidos por una impunidad total y enarbolando escobas de mentira, nos asustan una y otra vez. La sociedad actual es el tren de la bruja.